



# Alguien está robando el aceite

*Por Jesús Alexander López Gómez*  
*3er Lugar*

Trabajo en una gasolinera en una zona rural al sur de mi ciudad, no es muy divertido, pero pagan suficiente para que valga la pena y me permite estudiar por las noches, así que no me nace quejarme demasiado por ello. Tengo un compañero, Alan, creo que tiene unos veinticinco años y sinceramente es un poco extraño, su risa se nos hace un poco incomoda a mi jefe y a mí, pero fuera de eso jamás recibió alguna queja sobre él por parte de los clientes así que no le damos demasiada importancia.

El robo por parte de los empleados en cualquier tipo de negocio es un problema, aunque afecta aún más a los de pequeña escala. Hace poco menos de dos semanas mi jefe comenzó a notar que nos estábamos quedando cortos de aceite de motor, inicialmente eran una o dos botellas, pero luego pasaron a ser cajas llenas, llegando al punto en que estanterías completas desaparecían.

Teniendo en cuenta de que solo Alan y yo trabajamos allí en la semana y que en los fines de semana el jefe estaba supervisando a los otros empleados, era fácil imaginarse quien era el responsable. Fui descartado puesto que las desapariciones ocurrían al finalizar el turno nocturno, el que pertenecía únicamente a Alan.

Mi jefe normalmente se llevaba las grabaciones de las cámaras de seguridad a casa, las revisaba el mismo buscando pruebas para descubrir y posteriormente poder acusar a mi compañero de los robos, que llegaban a ser inexplicables teniendo en cuenta la cantidad de aceite que podía lograr desaparecer. Esta noche en particular me pidió que las revisara yo, al parecer tenía una junta de padres o algo así de su hija menor y pues, a pesar de que mi prioridad esta noche era estudiar, ofreció pagarme dicho favor como si fuesen horas extra y era dinero que bastante falta me hacía, por lo que acepté.



Llegue a casa, me serví un poco de ron para acompañar la noche y calenté un pan con queso en el microondas para que se derritiera. La magia de trabajar en casa. Coloqué la memoria con las grabaciones en mi computadora y me senté frente a la pantalla, asimilando que sería un trabajo largo y tedioso.

La grabación partía cerca de las seis de la tarde y podía verse el momento en que yo me despedí de él al terminar mi turno. Después de como una media hora llego su primera clienta, una señora bastante mayor con un bastón bastante bonito. Susan era su nombre si no mal recuerdo, va bastante seguido y normalmente le gusta conversar un poco, aunque eso no es muy de mi agrado. Compró un diario y pagó con veinte mil, nada demasiado fuera de lo común.

El siguiente en la lista era un viejo amigo mío, Rafa, pasó en su ruidosa motocicleta para comprar unos dulces y cerveza, pagó con su tarjeta y se fue como si nada. El siguiente era un sujeto que jamás había visto, tenía un sombrero marrón bastante extraño, pero a este tipo de negocios va toda clase de personajes. Llenó su auto de gasolina, pagó en efectivo, con monedas incluso y se retiró.

Supongo que lo único más aburrido que mi trabajo era ver a alguien más hacerlo, aunque dinero es dinero así que me mantenía atento a cada segundo del vídeo. De todas formas, era extraño, si Alan realmente estuviese robándose el aceite debía tener más que claro que sospechamos de él y no tenía pinta de ser tan estúpido como para delatarse frente a la cámara.

Una hora de aburrido metraje después sucedió la primera situación curiosa. La señora Susan había vuelto, exactamente una hora después. Pensé que quizá olvido algo o se sentía sola y tenía ganas de conversar como sucedía una que otra vez, pero no, entro,

tomó un diario, pagó con un billete de veinte y se fue. Olvidar algo le puede pasar a cualquiera, la señora de por si era bastante distraída y los años no ayudan a solucionar eso, pero Alan al menos pudo haberle dicho que ya había comprado el diario antes, el jefe no lo juzgaría por ello, pero, en fin, si puede dormir con eso, no es mi problema.

En ese momento y mientras fingía ser superior moralmente por saber que yo le habría dicho algo a la señora, llego Rafa una vez más en su ruidosa motocicleta, compró dulces, cerveza y pagó con su tarjeta. No soy religioso, no creo en un destino ni en lo paranormal así que intenté ver esto lógicamente,



era una probabilidad pequeña, pero solo debía ser una sumamente curiosa coincidencia.

La señora Susan es vieja, a Rafa le gusta mucho el alcohol o los dulces y quizá se quedó corto, podía ser explicado, pero allí estaba, ingresando al establecimiento el mismo sujeto con el sombrero marrón. Seré sincero, me puse genuinamente nervioso al verlo, esa inseguridad que da al saber que algo se está saliendo de control recorría todo mi cuerpo e internamente rogaba que el sujeto pidiera algo aparte de gasolina, pero no, gasolina y pagó en efectivo, con monedas y todo.

Parecerá una tontería, pero creo que incluso vi a este último tipo rascarse el cuello de exactamente la misma manera en las dos ocasiones. Quizá era un sujeto acaudalado y estaba rellenando a más de uno de sus autos, pero no lograba convencerme. Algo raro ocurría. Seguí mirando.

La siguiente hora fue exactamente igual. Susan entraba, tomaba un diario, pagaba con un billete de veinte y se iba. Se que ustedes habrían llegado a la misma conclusión que yo en ese momento: “Alan había truqueado la cámara de alguna forma para que su primera hora se repitiera en bucle”, lo que sería bastante ingenioso pues eso le daba el

descarte de que fue un fallo técnico, pero no era el caso. Su turno comenzaba a las seis, ya eran las nueve en lo que yo llevaba de vídeo y el sol efectivamente había caído. En esas tres horas Alan había barrido, trapeado, encendido las luces, la calefacción, ido al baño en dos ocasiones entre diferentes clientes, todo lo que uno podría esperar de él, sin embargo, los mismos clientes seguían llegando.

Debo admitir que comencé a entrar en pánico, nunca fui muy brillante pero no podía imaginarme como todo esto podía ser real, así que adelante la grabación hasta la hora del cambio de turno. Salió de la tienda, se despidió de mí y subió a su auto. Por increíble que pareciera, no se había robado absolutamente nada, pero mi instinto me decía que debía seguir observando.

Desde fuera, mientras yo me cambiaba de ropa y dejaba la tienda sin vigilancia por unos minutos, Alan antes de subirse a su auto se detuvo para mirar directamente a la cámara. Podría jurar que él estaba mirándome a mí a través de la cámara, aunque eso ya suene como una locura, así se sentía. Su expresión no era realmente extraña, solo tenía una leve sonrisa un poco soberbia y burlesca, impropio de él, pero que por algún motivo me parecía el rostro más atemorizante que había visto. Solo lo hizo un segundo, que se me hizo eterno, pero me permitió darme cuenta de que la cámara no había



captado el momento en que giró su cabeza para verme, como si esas partes hubieran sido removidas de la grabación. Solo miraba la puerta de su auto, luego a mí y devuelta a su auto, sin movimiento, como si fuesen imágenes en vez de un vídeo.

Mis manos temblaban incontrolablemente. No me considero alguien miedoso, pero esta situación si me tenía bastante alterado. Era instintivo, sabía que algo estaba mal, aunque no supiese como interpretar lo que ocurría.

Revisé la cámara de la bodega para asegurarme de que no me había saltado ningún movimiento de Alan durante el turno, pero la situación era igual de extraña. Similar al movimiento inexistente de su cabeza, las cajas de aceite estaban allí y al segundo siguiente, desaparecieron. Nuevamente parecía que la grabación había sido cortada, pero Alan no tenía como tener acceso a ellas y peor aún, en ningún momento saco una sola cosa de esa bodega.

Si lo pienso en frio, no había ocurrido nada realmente aterrador, pero a pesar de ello esas grabaciones eran las más perturbadoras que había visto en mi vida, más que cualquier película de terror. Era simplemente inexplicable. Quise relajarme un poco, me termine mis dulces y el ron, deje la basura en su lugar y los trastes en el lavaplatos para limpiar por la mañana. Intenté conciliar el sueño, pero se me hizo imposible, mi cuerpo estaba exhausto, pero mi mente volaba inevitablemente.

Decidí levantarme y no dormir esa noche, de todas formas, mi turno empezaba en un par de horas. Debía devolver las grabaciones y contarle a mi jefe lo que vi, pero ¿Cómo iba a explicarle lo que había en esos vídeos? Su plan era que lo confrontáramos juntos, pero en ese plan se suponía que yo debería haber obtenido pruebas incriminatorias.

Entregue las grabaciones a mi jefe. Intenté prepararlo para lo que vería, pero en la práctica, ninguna palabra podría explicar lo que contenían esos vídeos. Miedo, tuvo mí misma reacción al acabarlas, lo que fue tanto un alivio como algo aun mas terrorífico. El lado bueno era que yo no estaba loco, el lado malo, que, en efecto, no era solo una alucinación mía, el misterio estaba ahí, más real que nunca. ¿Qué íbamos a decirle si lo enfrentáramos? ¿Qué hacía Alan realmente? No creo que solo fuese un bromista que le gustara robar aceite, pero asumir que esto tiene alguna



implicación maligna o esotérica tampoco me encajaba. ¿Viajes en el tiempo? No, claro que no, esto no es una película. Mi jefe dijo que no había visto nada como esto en las otras grabaciones.

Alan sabía que alguien estaba revisando los videos de las cámaras de seguridad, estoy más que seguro de ello. Su rostro había sido como el de un niño travieso que sabía que había ganado algo, aunque no entendíamos muy bien que era. Trabajé mi turno como cualquier otro día hasta que llegó la hora de darle las llaves a Alan. Eran las seis de la tarde, mi jefe estaba allí conmigo, esperando, pero nuestro ladrón de aceite no llegaba.

Intenté llamarlo, pero su teléfono estaba apagado. No tenía sentido que se ausentara sin avisar, no era común en él y no tenía como saber lo que había pasado la noche anterior, ¿Verdad? Llamamos a la policía y mi jefe fue a ver si estaba en casa.

Paso una hora, mi jefe llegó y juntos esperamos a que nuestro ladrón de aceite llegara, pero eso jamás pasó. Intenté llamarlo, pero su teléfono estaba apagado. No tenía sentido que se ausentara sin avisar, no era común en él y no tenía como sospechar de lo que habíamos visto la noche anterior. Llamamos a la policía y mi jefe decidió ir a ver si estaba en casa. Estábamos preocupados.

Desde el reloj en la pared a mis espaldas se produjo el sonido que marcaba el cambio de hora, eran las ocho y mi jefe había llegado para que esperáramos juntos a Alan, pero no apareció. Intenté llamarlo, pero no contestaba, ni siquiera se marcaba el número por lo que su teléfono debía estar apagado. Nunca se había ausentado sin avisar, era muy extraño. Llamamos a la policía y mi jefe prefirió ir a ver si estaba en casa. Debo admitir que teníamos miedo.

Acabo de revisar mi teléfono, doce de la noche, este no es mi turno y debería estar en clases, pero no recordaba porque estaba allí. Revisé mi celular y nada parecía tener sentido, llamé a Alan y a la policía un par de veces cada inicio de hora por casi seis horas consecutivas. No lo entiendo. ¿Soy parte de esto? Entre en pánico.

Desperté a las cinco de la mañana junto con la salida del sol, debí haber estado demasiado cansado y caí rendido al suelo por cinco horas seguidas. Si tenía en cuenta las horas exactas en las que llamé a Alan, justo en ese instante debía hacerlo, pero no, había salido del bucle por decirlo de alguna forma. Era aterrador haberme dado cuenta de ello.



Mi jefe estuvo allí conmigo desde las doce, no volvió a salir en busca de Alan. Se mantuvo de pie, congelado, apoyado sobre la muralla junto a mí, observando la entrada. Así se mantuvo por aquellas cinco horas hasta que desperté. Lo primero que dijo cuando recobré la conciencia fue “testificaremos juntos”.

Los relojes, tanto de los teléfonos como de las cajas y el colgado en la pared se habían detenido marcando las nueve de la noche. Un cliente entró, su rostro expresaba estrés y miedo, compró cigarrillos, pagó con tarjeta y cuando se retiró, mi jefe volvió a hablarme: “Es su quinta cajetilla esta noche”.

Pedí permiso para retirarme, mi jefe me lo concedió advirtiéndome que cuando llegara la policía les pediría que fueran a verme, cosa que acepté obviamente, no quería dejarlo solo al testificar, pero el miedo se apoderaba de mí y solo quería irme a casa. Salí de allí y note la pesada mirada de mi jefe sobre el vehículo junto a los dispensadores de gasolina. Inmóvil, quien estuviese dentro se negaba a bajarse, aferrado fuertemente del

manubrio con una expresión que daba a entender que deseaba gritar, pero le era imposible.

Corrí a casa desesperado, viendo situaciones similares en cada calle que cruzaba: autos inmóviles, personas quietas en medio de las veredas y pasos peatonales, algunos en sus jardines, otros observando a la nada desde sus ventanas. Era demasiado aterrador e irreal.

Llegué a mi casa, me encerré en mi habitación y me escondí tras una manta como lo hacía cuando era un niño que le temía a la oscuridad. Llamaría a la policía, de eso estaba seguro, si es que no lo había hecho ya. Tenía muchas lagunas mentales como para asegurar que no había testificado aun, después de todo la primera vez que los llamamos había sido hace casi doce horas.

Me quedé dormido nuevamente, el cuerpo no me daba para más. Fueron cuatro horas exactas las que descansé allí, oculto. Desperté acalorado, quizá porque el sol ya estaba llegando de lleno a mi posición o por el pánico incontrolable que aún se apoderaba de mí. Me levanté, mi jefe me llamó. Había intentado contactarme desde eso de las siete cuando sintió que las cosas habían vuelto a la normalidad.

Mi jefe les contó todo, aunque la policía se vio más interesada por el tema del robo de aceite antes que por lo que parecían ser nuestros desvaríos por una noche larga, aun así, logró llamar lo suficiente



su atención para que se dieran el trabajo de buscar a Alan. Me vestí casual y fui hacia la gasolinera, cuando llegué mi jefe les estaba dando la dirección del supuesto ladrón de aceite a los oficiales.

Cuando los policías se retiraron, le pregunté por que no les había dicho lo que él vio cuando fue a revisar la casa de Alan, a lo que me contestó que jamás fue capaz de llegar

a la dirección, así que cuando tuvo la oportunidad de no repetir el bucle prefirió no volver a subirse al auto por temor a seguir los mismos pasos una vez más.

Los oficiales volvieron después de una hora, extrañados. La dirección de Alan era un terreno completamente vacío, con un par de escombros esparcidos, pero nada que pareciera un sitio para dormir. Es un pueblo pequeño y, haciendo memoria, era conocida la historia de la casa que se quemó allí hace ya más de una década. En teoría falleció una familia de cuatro, pero los rumores decían que había un quinto integrante que vivía apartado de ellos por una riña interna, pero eso son solo rumores que no puedo confirmar ni relacionar directamente con todo esto.

Uno de los policías, más novato, comenzó a contarnos detalles de dicho incendio que no habían salido a la luz, pero que eran conocidos entre los uniformados. Ese incendio había sido provocado, la casa fue bañada en aceite e incendiada con un coctel molotov desde la acera de enfrente. La familia estaba durmiendo cuando sucedió. No hubo culpable ni tampoco se logró contactar con el supuesto familiar aislado.

Después de un rato llegó la rama de investigaciones de la policía. Nos llevaron a una instalación que yo jamás había visto para entrevistarnos por separado. Hablamos sobre todo lo sucedido, repitiendo la historia completa tres veces con tal de que ellos estuviesen conformes y anotaran cada detalle. Solté todo, fue liberador hasta cierto punto, no parecían juzgarme, lo que en el fondo también era preocupante. Escuché como uno le susurraba al otro tapándose con su cuaderno, “otro de estos”.

Nos hicieron firmar unos papeles donde aseverábamos que no hablaríamos de lo sucedido, luego nos fueron a dejar a nuestras casas respectivas. Pese a ello, decidí dejar todo plasmado en algún medio para terminar de desahogarme de alguna manera, darle



un cierre, pero creo que lo mejor es que no piense demasiado en todo esto, tengo que volver al trabajo de todas formas. Mi jefe habló conmigo porque ambos creemos que Alan, mi compañero de trabajo, se está robando el aceite de motor de la bodega, así que mi jefe ha estado revisando las grabaciones, pero no ha encontrado nada y esta noche me pidió que las revisara yo, al parecer tenía una junta de padres o algo así de su hija menor y pues, a pesar de que mi prioridad esta noche era estudiar, ofreció pagarme dicho favor como si fuesen horas extra y era dinero que bastante falta me hacía, por lo que acepté. Después de todo solo es ver unas grabaciones, solo eso.